

**AUTORES:**

Fernanda Romina Vargas Valdez, Paulina Escaret García Olvera
y Ana Paula Sotelo Reza



No llegaron. Ya se sabía, ya se esperaba, la escuela entera fue avisada. Y tal como se dijo, no se avistó ni una sola mujer.

El estacionamiento estaba vacío, los pasillos solos, los salones callados. Sólo dos oficinas de Ciencias de la Salud estaban activas. El cuerpo estudiantil y laboral no asistió. No hubo coordinadora de ciclos clínicos, no hubo jefas de grupo, no hubo presidenta, no hubo alumnas.

Desaparecieron un día y no lo hicieron con el fin de que se escarmentara su ausencia; lo hicieron con la esperanza de que se entendieran los motivos de su lucha. Desaparecieron un día para demostrar que no es normal, que no es sensato, que diariamente se desvanece el nombre de diez mujeres en el país. Desaparecieron no sólo por la esperanza al cambio, sino por la necesidad de este. Desaparecieron para dejar en claro que, si no se corrige pronto, cualquiera de ellas podría ser la siguiente.

Pararon por aquellas a las que han parado involuntariamente, frenado en seco o desviado del camino; por aquellas que no volvieron a su casa, a su oficina o a su salón de clases. Pararon porque las pérdidas no sólo se miden en muertes; se miden en miedo, en limitaciones y en pánico.

Estuvieron calladas todo un día, con la esperanza de que su silencio fuera escuchado. La ausencia del 09 de marzo fue un grito disfrazado de silencio. Fue el grito de 212, 200 mujeres que son médicos en el país, que tienen miedo de ser la siguiente en el encabezado de alguna nota sobre el feminicidio de una doctora. De las 55,300 especialistas cuyas colegas y amigas han sido asesinadas. Fue el grito de Mayte, de Reyna, de Magdalena, tres casos que resonaron en el país, mientras decenas de otras se quedan en la oscuridad.

